

Verdi-Wagner: el enfrentamiento inexistente

■ Por Tomás Marco

Nacidos a pocos meses de distancia en 1813, aunque fallecidos en distintos momentos, Wagner y Verdi unen en este año los fastos de sus bicentenarios como si fuera necesario recurrir al aniversario para que su música se toque. No lo es, desde luego, porque se trata de las dos personalidades dominantes de la ópera del XIX, lo que, al menos para la gente de su época, significa, los dos mayores compositores de su momento. Y representan ambos el espíritu de dos países, Alemania e Italia, que no existían cuando ellos nacieron y que entre los que más contribuyeron a hacer, ellos figuran a la cabeza. Wagner nació en Leipzig y cuando tenía seis meses se dio en esa ciudad la célebre Batalla de las Naciones que acabó con Napoleón en la isla de Elba. Verdi, en el Ducado de Parma y vivió una Italia fraccionada y en buena parte controlada por el Imperio Austriaco donde hasta su nombre se convirtió en lema político pues gritar “Viva Verdi” equivalía a proclamar “Viva Vittorio Emanuel, Re d'Italia”, algo que nos recuerda Visconti en una vibrante escena de su película *Senso*. Verdi llegó a ser el símbolo de la unidad italiana, Wagner el símbolo de la Alemania imperial y ambos no eran ajenos a esa utilización pues, si Verdi en el coro de *Nabucco* clamaba por la libertad de la patria ahrojada, Wagner proclamaba la supremacía del arte alemán en la tremenda alegación final de Hans Sachs en *Los maestros cantores*.

El que ambos se dedicaran al teatro no era nada raro porque era a lo que aspiraba la mayoría de los compositores de su tiempo, por razo-

nes económicas, ya que era la única manera de ganarse la vida componiendo, pero también sociales. Para su época, compositores como Beethoven o Brahms eran marginales fuera de los círculos exclusivamente musicales y para los grandes públicos resultaban secundarios. Verdi y Wagner hacían un teatro musical cuyas características han sido habitualmente señaladas en sus diferencias pero no tanto en sus concomitancias. Los dos tenían condiciones para el drama y a ello se dedicaron eficazmente y solo una vez, al menos significativa, abordaron el género cómico, eso sí, con propuestas geniales como son *Los maestros cantores* y *Falstaff*.

Se suele presentar a Verdi como una especie de campesino más o menos dotado para la música y a Wagner como a un intelectual. No cabe duda de que este tenía esos pujos y que escribió abundantemente, aunque más valiera que algunos de sus escritos no hubiera visto la luz. Pero su relación con Nietzsche acabó muy mal y puso algunas cosas en evidencia



mientras la mentoría final que Arrigo Boito realizó sobre Verdi le convirtió en un pensamiento digno de ser tenido en cuenta.

Se ha insistido en la transformación que Verdi realizó sobre el melodismo bel cantista que habían cultivado Rossini, Donizetti o Bellini mientras que a Wagner se le alaba por su revolución armónica y el poderío orquestal. Pero ni la evolución armónica y orquestal del último Verdi es nada desdeñable, ni el poder melódico de Wagner se puede pasar por alto. El que sean distintos no quiere decir que ninguno de ellos sea menos valioso. Durante sus propias vidas ni siquiera se trataron y la rivalidad que pudieran haber tenido era más de terceros interesados que de ellos mismos. Wagner dominaba la escena alemana y estaba más preocupado por el judío Meyerbeer que por Verdi. No decía

apreciar mucho a Verdi pero tiene más influencia de él de la que hubiera querido admitir ni de la que admiten sus adictos. Verdi no tenía rival en Italia y las críticas que los wagnerianos le hicieron no le afectaron demasiado. Incluso se ha querido ver una rendición ante Wagner en toda su etapa final. Nada más inexacto. El Verdi final procede de un refinamiento del



Verdi anterior y no de copiar influencias externas. Respetaba a Wagner pero no recomendaba a los jóvenes italianos seguir sus pasos.

¿Por qué entonces nos hemos empeñado en enfrentarlos? Seguramente porque no sabemos eludir para el arte las nefastas clasificaciones y records que vienen del deporte y que nos hacen suponer que las obras artísticas también están jerarquizadas. Por supuesto que hay cosas mejores y más significativas que otras, pero, a partir de un determinado nivel, es el gusto, siempre atrabiliario, quien decide, y no una jerarquía real. Es tonto decir cuál es la mejor ópera del mundo, el mejor pianista, el mejor tenor, director, etc. Siempre será en qué momento y para qué.

Pese a ello, este bicentenario también hay quien lo presenta como un enfrentamiento. El que Leipzig y Bayreuth apuesten por Wagner y el que La Scala repase todo Verdi no es nada extraño, y solo es una anécdota, algunas protestas porque Barenboim abriera la temporada de ese teatro con Wagner. También habrá Verdi en Alemania como Wagner en Italia, primero, porque siempre ha habido y porque ya no son solo un patrimonio italiano o alemán sino de toda la humanidad.

También se podría ver a Wagner como un revolucionario que se va aburguesando, algo que Nietzsche explicita en su rechazo frontal a la bambolla religiosa de *Parsifal*, mientras que Verdi podría ser un músico natural que se va perfeccionando con el tiempo, creciendo como una gran forma orgánica. Peter Kontschky, director de producción de la Ópera de Leipzig ha dicho que los ale-



Falstaff.

manes piensan la música mientras los italianos cantan con ella. Seguramente no está mal visto, pero es limitado porque, desde luego, Verdi sabía muy bien pensar la música y Wagner es muy capaz de cantar. Tampoco ha hecho mucho por ambos compositores la utilización que de su obra se ha hecho. Que los nazis usaran y abusaran de la música de Wagner no implica que él fuera nazi (aunque sí era antisemita), sino simplemente germánico. También a Verdi se le ha usado inadecuadamente. Hasta la publicidad y el cine les han perjudicado, pues algo como *La cabalgata de las Walkirias* ha quedado asociado a los helicópteros de *Apocalypse Now*, mientras el preludio de *La Traviata* inevitablemente evocaba hace unos años un maquillaje femenino (“su cara como la seda”).

Es muy posible que el bicentenario conjunto, además de para oír mucha música de ambos compositores que son maravillosos, solo sirva para mantener viva una falsa polémica. Polémica basada en el error de que en arte hay que elegir entre gustar de una cosa o disfrutar de otra, pero que está prohibido desear ambas. Es muy posible que en otros terrenos sea así. A lo mejor se tiene que ser del Barça o del Madrid y no se pueda elegir. Si es así, peor para el fútbol. Tam-

bién en un tiempo, los taurinos tenían que elegir entre Lagartijo y Frasquito o Joselito y Belmonte. Ahora que parece que la tauromaquia no es políticamente correcta, la corrección futbolística obliga a escoger.

Creo que aquí se está proyectando ese espíritu deportivo y clasificador de la cultura de masas. Según un estudio reciente, los partidarios de los Beatles prefieren a Tintín y a los gatos, y los de los Rolling Stone a Asterix y a los perros. La verdad es que estas relaciones me dejan un poco estupefacto, pero es lo que sostiene Patrick West en un reciente artículo que también mezcla a Wagner y Verdi, llamando a Wagner aterrador y a Verdi terapéutico. En eso sigue la línea de un libro de 2011 de Peter Conrad sobre ambos compositores que levantó alguna discusión, aunque sus conclusiones eran un tanto eclécticas, puesto que al final creía que todos necesitamos a Verdi para templar el Wagner que llevamos dentro.

Woody Allen dice en una de sus más celebradas películas: “cuando oigo Wagner me dan ganas de invadir Polonia”. Desde luego es un chiste, pero un chiste absolutamente en la idea freudiana puesto que Allen, que es judío y lo explicita sobradamente en sus filmes, evoca así la relación con los nazis. Yo no creo que escuchar a uno u otro incite a la violencia. Mi recomendación para cualquiera es que escuche a Wagner y a Verdi y además los disfrute sin más. Que sepan que eso es música, música de la mejor. Nada más pero también nada menos. Porque si buscan otra cosa es que todavía no saben para qué quieren la música. ■



La Traviata.



Nabucco.